

Nerea Gallego Asensio
Colegio Nuestra Señora de la Merced (Madrid)
MADRID



Buenas, Sr. Morris

Debía de ser jueves, probablemente viernes, aunque seguramente martes. Este era el primer día del resto de mi vida.

Hace 144 horas entregué una de mis novelas a una editorial con la esperanza de que la publicasen. Desde pequeño escribía historias y cortos relatos. Sin importar de con cuántas páginas contaban o de si era un onceañero, quinceañero o “veintitresañero” cuando las escribía tenían ese toque macabro de Poe y ese mal sabor de boca que produce Kafka y eso me encanta.

Estaba harto, pero no “harto” con la apreciación de “sin ideas”, no, eso nunca. Por mi cabeza siempre circulan frases que pueden cambiar la literatura o componer el segundo mejor libro de la historia. estaba harto con la aceptación de cansado, de que toda mi vida había estado dedicada al mundo literario y de que nunca recibía nada a cambio.

A mi alrededor, cuando diviso a los niños corretear por el parque o a los exhaustos trabajadores recibir un aumento del salario, solo percibo felicidad. Para mí la felicidad es una palabra nada más. Y algunos de vosotros me preguntaréis. “¿simplemente?”. A lo que yo contestaré con un “sí”, con un sí rotundo. a ti te pueden provocar alegría determinadas voces o ciertas acciones honradas, pero la felicidad es simplemente un velo que cubre la melancolía y el dolor, ambos permanentes. La felicidad viene y va, viene rotundamente, y va, más habitualmente.

En cierto modo, la práctica del “carpe diem” es más compleja de cómo suena. Me incorporé de mi incómodo lecho y me dispuse a abandonar mi hogar, no obstante antes me preparé un insípido café, me duché y me vestí.

- ¡Buenas, Sr. Morris! -Me saludó un vecino desde el umbral de su puerta.
- Buenos días -contesté.
- Hace mucho que no te dejabas ver, ¡eh! -comentó con un tono terriblemente irritante para el receptor de su nulo intento de comunicación.
- Sí... sí... se hace lo que se puede.

Odio a los vecinos. Son inútiles y malvadas víboras que hurgan en lo más profundo de tu vida personal con tal de tener un chismorreó en el té de las cinco.

Al entrar al bar de debajo de casas, las campanitas de la entrada sobresaltaron, y alegraron, al dueño del lugar, Rick.

Él es mi único amigo, bueno, más bien conocido. No puedo hablar con él de cómo me siento ni de qué me quita el sueño, simplemente del mal tiempo que hace o de quién ha ganado la liga. en el fondo viene bien hablar con alguien aunque sea de la subida del pan.

También es necesario recalcar mi gran aversión a los taxistas y a sus charlas por cortesía. Ellos no quieren hablar contigo del mal tráfico, ni tú con ellos de política, pero es lo que hay. Por ese motivo leo, escribo o decido habita en mis pensamientos. En mí hay ideas mientras duermo, como o cuando alguien relata su gloriosas anécdotas. Cuando leo me sumerjo en el mundo de J. P. y su Zooey o en los misterios de conan Doyle. Y estoy ahí, y resuelvo crímenes con el Dr. Watson o mantengo apacibles conversaciones con Holden. En mi caso, el lector se limita a intentar comprender mis vívidos pensamientos cubiertos por una confusa trama. Pero todo esto me deprime, me recuerda que nunca estaré allí ni seré eso. Simplemente eres la mano tras la tinta o el cerebro tras las ideas. Y tu Sherlock es inteligente, astuto y con una vida compleja; mientras que tú eres un alma solitaria que no sabe freír un huevo y mantenien estúpidas charlas. Tú eres la inmadura decisión detrás de tu personaje que le "echa hacia adelante" para perder el sentido.

Tristemente, pronto me percató que mis ideas son un sin - razón y pierdo las ganas de seguir con todo esto. En un momento me considero Dios y, al siguiente, me doy por vencido. Un lugar, una persona o una reacción me pueden provocar amor y odio, y eso la gente no lo entiende. Bueno, para aislarme he llegado a a conclusión de que la gente no lo entiende. Toda la vida nos han dejado creer que somos tontos, aunque dentro de ti quizás haya un Shakespeare o un Einstein, simplemente hay que demostrarlo. Y los que seguimos luchando nos llevamos horribles batacazos.

Tomé un asiento junto a la barra del bar cuando comencé a sentir cómo la mirada de los comensales me fulminaba, cómo todos me acechaban con odio y buscaban mi fracaso definitivo. Sentía, sentía a todos aquellos envidiosos que dejé atrás soñando verme sufrir. Intenté huir de aquel local, llevándome varias mesas y sillas por delante. Angustiosamente, subí a mi casa. Tenía la respiración agitada, los pómulos me ardían sin remedio y las manos me sudaban sin cesar.

Y entonces sonó el teléfono y llegó la calma. Todo se convirtió en un bello prado en una tarde de primavera. El húmedo césped me abrazaba cortesmente y los rayo del sol se fundían con el agua del río.

Cuando por fin lo descolgué, toda la rabia e incertidumbre volvió a reinar en mí. Notaba un horrible nudo en la garganta que me impedía intervenir cuando...

- Editorial "Lacasa", ¿es usted el Sr. Morris?